BALCON

CHAPULTEPEC

La firma de las actas de Méjico marcó una etapa regresiva en esa combinación alternada de sístoles y de diástoles que fué nuestra política exterior durante los últimos años. Resultó poco airosa nuestra tardía adhesión, por referirse a un pacto que no habíamos contribuido a elaborar, y por la obligación simultánea que comportaba de ingresar nominalmente a una guerra en estado de postrimería.

Tan poderosa fué la afirmación de personalidad realizada por el país a despecho de sus "conductores responsables", que no habría por qué mentar el episodio de Chapultepec si el Congreso no se hubiera visto avocado a la ratificación de los sesenta tratados que incluye. Cuando el Presidente se refirió al tema en sus mensajes del 4 y del 26 de Junio, expresó claramente sus dudas sobre la coherencia de los pactos con el interés nacional. Un mes y medio más tarde —en una conversión que ya no puede desgraciadamente asombrarnos— se dirigió nuevamente al Congreso, esta vez solicitando, en nombre de la "continuidad de nuestra política exterior", la ratificación de los tratados firmados por su predecesor.

Los compromisos de Méjico contienen restricciones muy graves a la soberanía. Considerados en sí, son ya bastante lesivos como para que el país los rechazara de plano, del mismo modo que el parlamento norteamericano repudió el tratado de Versalles un año después de su sanción. Pero más aun que sus disposiciones concretas, es su dinámica, la tendencia que traducen, lo que más violentamente atenta contra la entraña misma de nuestro ser nacional.

Es que tras el articulado de las actas de Chapultepec debemos señalar el más vigoroso intento hasta hoy realizado de imponer una nueva religión a los pueblos americanos. El mito del panamericanismo es, en efecto, un mito esencialmente religioso. Vaciado de todo sentido católico, se nutre del mesianismo protestante de los "Pilgrims Fathers" y del iluminismo masónico del siglo XVIII. ¿Cómo es posible que un país temperamentalmente refractario a sus postulados básicos haya aceptado tan rápidamente sus formalismos externos y se decida inclusive a emplear su chocante vocabulario? Sólo cabe atribuirlo a la trágica depauperación cultural que nos aflige y que fielmente se encargan de traducir nuestros elencos dirigentes.

El gran peligro de Chapultepec radica en que más que una meta es apenas una etapa. Todo el equívoco padecido por la mayoría de los gobiernos argentinos al considerar el conflicto con los Estados Unidos yace en creer que las dificultades existentes podrían solucionarse mediante el otorgamiento de determinadas concesiones precisas. Por eso fuimos, no sin cierta ingenuidad, a la ruptura y a la guerra. Error profundo, puesto que de lo que en realidad se trataba era de adherir a un espíritu más que de realizar tales o cuales prestaciones corporales. De ahí que, aun antes de formalizada nuestra conformidad definitiva con los tratados de Méjico, se nos aparezca ya en el horizonte el fantasma de nuevas obligaciones, reclamadas con el tono perentorio que demasiado conocemos: el pacto de asistencia mutua, la alianza militar, la participación en una guerra cuyo sentido último no nos ha sido revelado.

El único procedimiento para liquidar definitivamente el conflicto con Estados Unidos es abordarlo francamente en sus instancias más altas. Hay que decirle a la Unión en lenguaje inteligible e inequívoco que esa alma que ellos pretenden, nunca la van a obtener; que la fórmula del "respeto recíproco" supone para nosotros algo más que la salvaguardia de las formas externas de la soberanía e incluye la aceptación explícita de la pluralidad de culturas en el continente americano; que no queremos un panamericanismo que disfrace construcciones superestaduales; que sobre esas bases es posible y deseable una cooperación eficaz de Estado a Estado en los aspectos no despreciables en que coinciden nuestras aspiraciones y nuestros intereses; que no estamos desesperados por liquidar el conflicto y que cualquier bloqueo diplomático o económico —la experiencia lo ha demostrado— sólo redundará en nuestro beneficio. Nunca han sido mejores nuestras relaciones con Estados Unidos que las veces que hemos empleado el lenguaje claro de los hombres dignos.

Mas, para plantear las cosas en esos términos, hay que pensar sentir y obrar en consecuencia. Sólo con sensibilidad para los valores del espíritu y con una conducta perseverante se puede hoy dirigir rectamente la política internacional de la Nación Argentina.

BALCÓN.



SUMARIO

ESPAÑA - ARGENTINA

EL PROGRAMA ILUMINISTA DE

El lector que haya seguido los tres artículos dedicados al tema del epígrafe, habrá percibido la audacia y amplitud que asignamos a sus términos. Decimos nada menos, que en la coyuntura en que se encuentra el mundo, no tiene otra salida saludable que la del Estado-poder, constituído bajo el signo católico. Porque, curado y vivificado el Estado-poder, podrá efectuarse, mediante la creación de nuevas formas culturales y sociales, la cura y vivificación del Estado-sociedad. En esta tarea está empeñada la España de Franco.

Pero la mentalidad del hombre moderno es acosada por una sutil objeción. Concedamos, se dice, que Francia no ofrezca una forma lograda de convivencia que pueda estimarse verdaderamente intermedia entre el comunismo y el Estado católico. Pero ello se debe a que Francia, país de fuerte tradición católica, no ha acabado por expulsar de si todos los elementos "reaccionarios" y "medievales". La enfermedad de Francia no estriba en su liberalismo sino en que éste no sea suficientemente puro. Véase, en cambio, a Inglaterra, país que fué sometido a despiadada sangría y purgado de todo resto de "papismo"; véase a Estados Unidos, fundada y civilizada por colonos puritanos y se comprenderá toda la fuerza saludable de una concepción *liberal* de la ciudad. Inglaterra-Estados Unidos, he ahí los pueblos ejemplares de la humanidad, que, después de haber luchado, a brazo partido, contra el diabólico totalitarismo nazi se vuelven ahora contra el comunismo ruso, sin doblegarse no obstante, ante la presunta necesidad del Estado católico. Y más que Inglaterra, Estados Unidos ofrece la forma ejemplar que, cuando sea adoptada, traerá a los pueblos la paz perpetua y universal. Porque Inglaterra a pesar de su Estado totalmente reformado, no ha podido ser purificada de la huella profunda que le imprimió la Iglesia medieval; en cambio, Estados Unidos, fundada sobre el *liberalismo puro* de las sectas puritanas presenta, en auténtica pureza, la forma de vida que hará felices a los pueblos de la tierra.

De la "alegre" a la "nueva" Inglaterra

Para comprender el tipo de Estado que ofrecen Inglaterra-Estados Unidos, hay que sorprender aquel momento de la vida pública inglesa, en que se produce el cambio más radical e instantáneo, que haya experimentado nunca pueblo alguno. Nos referimos al periodo que va del cisma de Enrique VIII a la muerte en cadalso de Carlos I.

Hasta el advenimiento de Enrique VIII, la vida inglesa discurría pujante en las instituciones populares, sobre todo en los famosos gremios de propietarios artesanos y propietarios campesinos, cuya vida se desarrollaba al amparo del Rey y de la Santa Iglesia. Chesterton nos cuenta que en aquella época de la "alegre" Inglaterra, "la religión corría como hebra de oro por toda la grosera urdimbre de aquella vida popular, mientras puramente popular se mantuvo". (*Pequeña Historia de Inglaterra*, pág. 146). Ni qué decir que Inglaterra estaba poblada de artesanos, monjes, obispos y reyes santos que le merecieran fama universal de "isla de los Santos".

Pero, bruscamente, por obra calculada de los consejeros de Enrique VIII y, más tarde, de Isabel, el Estado-poder de Inglaterra que se concentraba en los monarcas para protección de los pobres, se convierte de su condición de *Defensor Fidei* —título otorgado por la Santa Sede a Enrique VIII por su magnífica impugnación de los errores luteranos que ostenta todavía en su escudo la casa real inglesa— en estado reformado. El Rey, de servidor de la Iglesia y de los pobres se convierte en monarca de Derecho divino y en juguete de los ricos. "Leguleyos, lacayos, prestamistas, los más bajos entre los afortunados saquearon el arte y la economía de la vida medieval como ladrones que saquearan un templo. Sus nombres, cuando no los cambiaran por otros, son los nombres de los grandes duques y marqueses de nuestros días. (Chesterton, *ibid.*, pág. 204). Inglaterra cayó en manos de una camarilla plutocrática y luego plutocrática y puritana. Los puritanos, antihistóricos e imbuídos de una concepción carnal del cristianismo, iban a fundar la ciudad de sus ensueños, la "nueva" Inglaterra.

Como es sabido, Estados Unidos fué colonizada por "pionners" a cuenta de compañías comerciales y sobre todo por sectas puritanas que huían de las luchas religiosas que ensangrentaban a Europa. Puede decirse que los *Pilgrim Fathers*, Padres Peregrinos, embarcados en el *May Flower* han impreso su sello a toda la posterior vida americana. Antes de désembarcar, todos los varones adultos, en número de 41, firmaron un pacto o *Covenant* por el que se comprometían a regirse por las reglas establecidas por una voluntad común. Por vez primera, en la historia humana, se ponía en vigor lo que más tarde Rousseau, en su empresa de disolver a los pueblos cristianos, debía erigir en su famosa teoría del "Pueblo Soberano".

El pacto de los Padres Peregrinos que fundaba, desvinculada de toda tradición, una "nueva sociedad cristiana", era el anticipo de la nación que, siglos más tarde, habían de fundar los prohombres de la Independencia y de la Constitución norteamericana, nación fundada en el reconocimiento de los derechos a la "libertad y a la conquista de la felicidad" otorgados a todos los hombres. Demás está decir que los prohombres que así procedían, "tenían casi todos grandes intereses económicos que defender" y que "celebraran todas las sesiones con las puertas cerradas y que sus miembros se comprometieran, bajo palabra de honor, a no revelar lo más mínimo de sus debates". (Maurois, *Historia de los Estados Unidos*, pág. 238-239).

El programa de vida anglo-americano

Vemos por un lado, las grandes ideas abstractas que en el frontispicio de sus empresas hacen los anglo yanquis —Libertad, Igualdad, Fraternidad, Conquista de la Felicidad, Democracia—, y por otro, cómo los que así hablan, son ricos comerciantes, ansiosos de enriquecerse sin medida, y cómo se reúnen en número limitado y en secreto, resolviendo por sí y ante sí, el género de vida de millares y millares de compatriotas. En realidad, la sociedad que así se decora con vocablos tan sonoros, es profundamente utilitaria y materialista y coloca en la posesión del *Dinero* la humana felicidad. De aquí en adelante, la gran preocupación de la vida humana no será ni la religión, ni la política o la cultura, sino la prosperidad económica, a cuyo servicio se pondrán todas las otras manifestaciones de la vida con la misma política y religión.

Lo que fué entonces, ha continuado siendo hasta hoy la historia de Inglaterra y Estados Unidos. La verdadera interpretación de los grandes vocablos que cubren la fachada de estos pueblos hay que pedírsela a sus víctimas, a Irlanda, Sudáfrica, la India, y *South America del siglo* XIX, con respecto a Inglaterra; y a Méjico, Cuba, Panamá, Bolivia, con respecto a la nación del norte. Si debiéramos expresarnos con todo rigor, diríamos que por la norma pública de vida que exigen estos pueblos y por la conducta que observan, se les aplica lo que el Señor decía a los fariseos: "Sepulcros blanqueados, los cuales por afuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro están llenos de huesos muertos y de todo género de podredumbre". (*San Mateo*, XXIII, 27). Sentencia que se aplica con sorprendente exactitud a toda la civilización moderna. Pero sería injusto pensar que este "fariseísmo harto real" sea consciente y deliberado. No es sino



L I R A S

La rosa tempranera
Todo el encanto del perfume ignora,
Y la ruente pradera
No siente la ligera
Caricia, que sus pétalos desflora.

Madre de todo anhelo,
La primavera es ciega a los amores;
Y, templo de su vuelo,
No escucha el bosque abuelo
La orquesta de sus pájaros cantores.

El agua transparente
No sabe de la nube ni la estrella
Que se asila en su fuente,
Ni que asoma sobre ella
Su pregunta de nácar la doncella.

No comprende la arena
La inmensidad del mar que ella contiene,
Y la noche serena
No sabe de la pena
Que con su hechizo trascendente adviene.

SOLUCION DEL MUNDO (IV)

INGLATERRA - EST. UNIDOS

característica inherente al "iluminismo", nombre el más apropiado para caracterizar a la civilización anglo-americana. Porque pareciera en efecto, ofrecer al hombre una gran "Luz", la Luz de su felicidad. Los pueblos emprenden tras de él su camino, encendidos en no sé qué fervor religioso, como si hubieran de encontrar en la tierra la esencia misma del mensaje evangélico.

Terrible ilusión, que en la otra cara, presenta los resultados reales de toda civilización fundada en el culto del Dinero, es a saber, la dominación de unos pocos con la esclavitud de los muchos. Porque si a todos y a cada uno de los hombres se les propone como meta que se ha de alcanzar indefectiblemente, el enriquecimiento, como por el hecho de la limitación de los bienes no es este asequible para todos y cada uno, o una de dos: o una sociedad *plutocrática*, en que la multitud se ve reducida a servidumbre para goce de una privilegiada minoría, o una sociedad *comunista*, en que todos, para ser igualados, son igualmente despojados de sus bienes. La primera es la sociedad capitalista, cuyo ejemplo típico lo constituye Estados Unidos; la segunda, el comunismo ruso. Los teólogos del siglo pasado en sus críticas del liberalismo han expuesto con sorprendente clarividencia este punto. "Si se quita la acción de la Iglesia, escribía Liberatore (¹), o vuelve el antiguo régimen y la sociedad cae de nuevo en la servidumbre bajo el dominio de una clase privilegiada, o las clases emancipadas desordenan y, pretendiendo igualarse a todos, traen el *comunismo*, o sea la negación de la sociedad". "De esta alternativa nunca se sale. La esclavitud pagana fué un medio necesario a la sociedad de entonces para conservarse. No teniendo ésta otros adminículos de los naturales, y siendo estos insuficientes para contener con la idea del deber y del amor las desigualdades sociales, debió mantenerse con vida por medio de la degradación y del mal tratamiento de un infinito número de personas". Así escribía Liberatore en 1864 señalando un hecho que debía ofrecer tema para el libro el *Estado servil* de Hilaire Belloc.

Fracaso del programa anglo-americano

El programa iluminista de los anglo-americanos lleva en sus propias entrañas su destrucción. De aquí que no pudiera ser sino ilusoria la plácida y sempiterna *prosperity* en la que hasta 1914 pareciera deslizarse el mundo occidental. El hombre, gracias a su espíritu inventivo y de empresa, iba pasando de un estado de "confort" a uno más confortable, si cabe. Tiempo maravilloso, aquel del progreso perpetuo, de la paz universal, de la Libertad, de la Democracia, en que el ferrocarril era substituído por el automóvil y éste por el avión. Y en que, por encima de los pueblos de la tierra, Inglaterra primero, Estados Unidos después, extendían el manto protector de su insuperable civilización, manteniendo con su inmenso e imbatible poderío, las grandes libertades humanas.

No podía sorprender entonces que una serie de enormes y catastróficos acontecimientos rompiera este encanto de idilio: Primera guerra mundial de 1914, Revolución comunista del 17, Movimiento fascista del 22, "putsch" de Hitler del 23, crisis universal del 29, el tercer Reich del 33, guerra civil española del 36 y segunda guerra mundial del 39 con la consiguiente extensión del comunismo por el orbe.

Sólo los que no se percataron de la terrible destrucción que contiene en sus entrañas el liberalismo podían caer en la ingenuidad de preguntarse: ¿cómo pudieron producirse acontecimientos de tal magnitud y explosión en un mundo ideal, cuyos resortes estaban totalmente en manos de Inglaterra y Estados Unidos? ¿Cómo pudieron producirse conatos de levantamiento si la dominación *iluminista* de estos países reportaba la felicidad a los pueblos?

Y aunque tarde, muchos abrieron los ojos para comprender que esa felicidad puramente materialista no era sino temible ilusión. Esa libertad, servidumbre; esa dignidad, atropello; esa igualdad, enorme desnivelación; esa paz, terrible agitación y lucha. Porque, en el plano internacional, la grandeza de esos colosos se efectuaba a costa de la paulatina y progresiva devoración económica y política de los otros pueblos y, en el propio plano nacional, junto a los Reyes de la Industria y de las Finanzas, junto a los enormes "trust", merodeaban millones de proletarios, a bajos jornales unos, desocupados otros.

La guerra del 39 ha terminado con el aplastamiento de las potencias pobres de la tierra, los pueblos "culpables" y "malditos". Ahora, sobre un tendal de pequeños países, diseminados por el orbe, se extiende la sombra de dos vastos imperialismos: Rusia y Estados Unidos; la plutocracia del Estado y la plutocracia de los "trust", la esclavitud oriental y la esclavitud occidental, el comunismo bolchevista y el hipercomunismo yanki.

El hipercomunismo yanki.

Hasta hace apenas veinte años, los católicos fueron educados en el horror del liberalismo. El *Antimoderne* de Maritain señala el último ejemplar de la literatura universal católica de franco repudio del liberalismo tan fuertemente denunciado por los pensadores católicos del siglo pasado. Pero con la aparición sobre el panorama mundial de los llamados totalitarismos, el nazi y el soviético, se ha acentuado la tendencia a mirar sin horor al liberalismo anglo-americanizado y hasta se ha comenzado a cobrarle simpatías, como si ofreciera el verdadero antídoto contra el comunismo.

El liberalismo, sin embargo, es tan pernicioso hoy como entonces y contiene virtualmente la perversidad misma y total del anticristianismo que el comunismo ruso no ha hecho sino actualizar en forma más valiosa. Nos referimos, claro está, al liberalismo en cuanto tal, y no en cuanto ha podido concretarse en la vida real de Estados Unidos, ya que por el hecho de haberse desarrollado este país con grandes migraciones de católicos de Europa, ha neutralizado con la vigorosa fuerza católica, la perversidad ingénita del liberalismo que lo ha plasmado.

El liberalismo no difiere esencialmente del comunismo ruso porque el fin que uno y otro se proponen es único e idéntico y el resultado a que llegan por la apetencia de este idéntico fin es también uno e idéntico. No hay que dejarse engañar por la falsa idea de que la esencia del comunismo consista en el uso del terror y de la violencia, empleado por un poder totalitario y despótico. Porque es cierto que el comunismo ruso echa mano de un Estado totalitario, terrorífico y violento, pero éste no constituye ni su esencia ni su fin, sino que es simplemente un medio de que se ha valido en Rusia el comunismo, como fué puro medio y no fin la sangría a que sometió a Inglaterra el poder protestante o a Francia la Revolución para descatolizarla. Pío XI lo advierte claramente con respecto a Rusia en un pasaje de la *Divini Redemptoris* que citaré aquí una vez más: "Cuando todos hayan adquirido las cualidades colectivas, en aquella condición utópica de una sociedad sin ninguna diferencia de clases, el Estado político, que ahora se concibe sólo como instrumento de dominación capitalista sobre el proletariado, perderá toda su razón de ser y se "disolverá", pero hasta que se realice esta feliz condición, el Estado y el poder estatal es para el comunismo el medio más eficaz y universal para conseguir su fin".

El fin que se propone Rusia es la creación de un "nuevo" hombre, un tipo totalmente *materialista* de personas singulares, del que se hayan arrancado todos los vínculos religiosos, familiares y sociales,



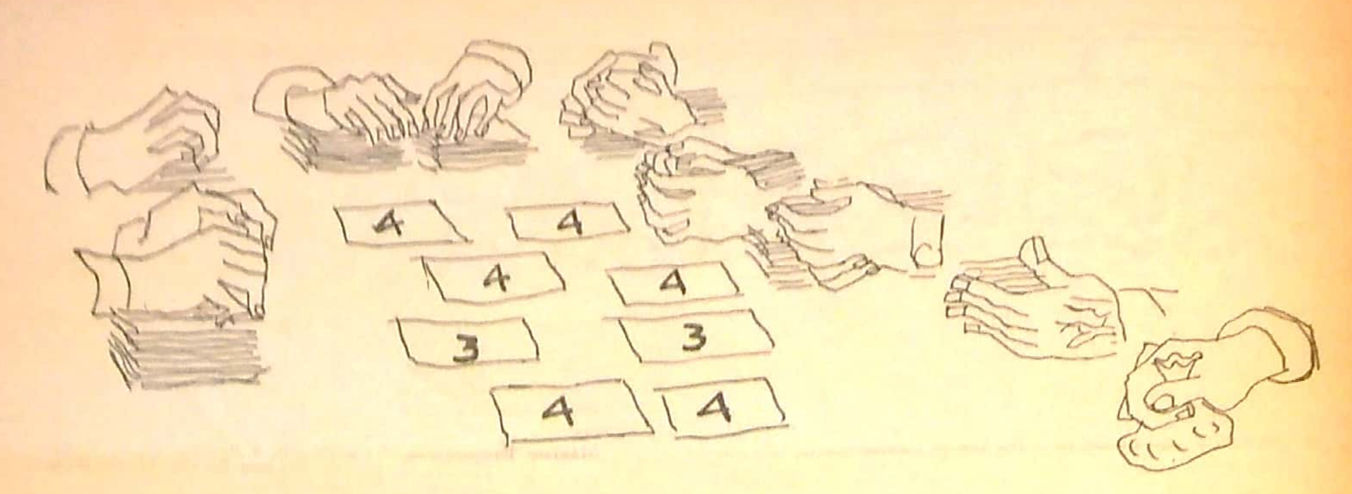
Pues verdad y belleza
Viven sólo del alma al espejismo
En la naturaleza;
Metafísico abismo
Que guardo en los arcanos de mí mismo.

Por ello necesito
Someter a los astros a medida,
Pues sólo el infinito
Lo concibo en mi vida,
En mi confusa imagen recibida.

Por encima del viento,
Más allá de la luna y de la aurora,
Por sobre el movimiento
Que sujeta la hora,
Una acósmica fiebre me devora.

Pues, mísera criatura,
Imagino tan sólo hallar contento
En la Eterna Hermosura.
¡Magnífica locura
Que proyecta mi ser al firmamento!

ALBERTO OBLIGADO



completamente "emancipados", libre de toda atadura y "servidumbre", tal como lo soñó Marx. Tan lejos está entonces de la verdad, concebir el comunismo como un régimen de Estado que lleva a los individuos allí a donde esos no quieren ir que más exactamente hay que concebirlo como un régimen en que el Estado va a donde quieren ir los ciudadanos que acaba por resultar innecesario. ¿Y cuándo podrá cumplirse que los ciudadanos vayan sin obstáculos por donde quieran ir? Cuando en un conglomerado social, en cuanto social, hayan desaparecido todas las diferencias de religión, nacionalidad, cultura, educación, desnivel económico. Cuando se haya verificado una perfectísima nivelación de creencias, costumbres, gustos, de suerte que resulte un tipo único de hombre corriente, un *common man*, el hombre común y universal, intercanjeable, reducido a una mera partícula del universo, mecanizado, —masa y movimiento— que puede ocupar indiferentemente, uno u otro lugar del planeta.

Tipo *nuevo* del hombre, desvinculado de todo pasado, creado precisamente por la civilización americana y por la rusa. Los medios de ejecución difieren pero el fin propuesto es único e idéntico. Los procedimientos despóticos, fuera de lo que tienen de provisorio, se acomodan mejor con el temperamento asiático y los suaves e insinuantes con el occidental. Pero no son los medios sino el fin quien especifica y constituye las acciones e instituciones humanas. Por esto creemos expresivo el término de "hipercomunismo", más allá del comunismo, para calificar al liberalismo yanki, a fin de significar que el fin que le impulsa y determina es el mismo que impulsa y determina al comunismo ruso.

El resultado práctico y real en el que acaba tanto el comunismo ruso como el liberalismo yanki no es sino un inmenso y descomunal Estado totalitario universal. Porque "sobre las mónadas disgregadas y disociadas —advierte el gran teólogo Billot— no puede quedar sino aquel inmenso Estado omnívoro que, destruida toda organización y autonomía inferior absorbe en sí toda fuerza, toda potestad, todo derecho, toda autoridad y se convierte en el único administrador, procurador, institutor, preceptor, educador y tutor hasta quedar como único propietario y poseedor". Tal el camino que llevan Inglaterra y Estados Unidos —y a su zaga, poco más o menos los otros— en este proceso de socialización y regimentación de todas las actividades de la vida.

JULIO MEINVIELLE.

NUESTRA MALA CRIANZA

Tan habituados estamos los argentinos a que aquí nada pase, a que nada serio solicite enérgicamente nuestro esfuerzo, que a la primera resistencia opuesta por la realidad a nuestra abulia, reaccionamos furiosos.

Nos saca de quicio que en determinado momento las cosas no sigan siendo tan apacibles como eran. Es decir, nos incomoda sobremanera que de tanto en tanto, y aunque suavemente, la Historia llame a la puerta de nuestra quieta existencia criolla.

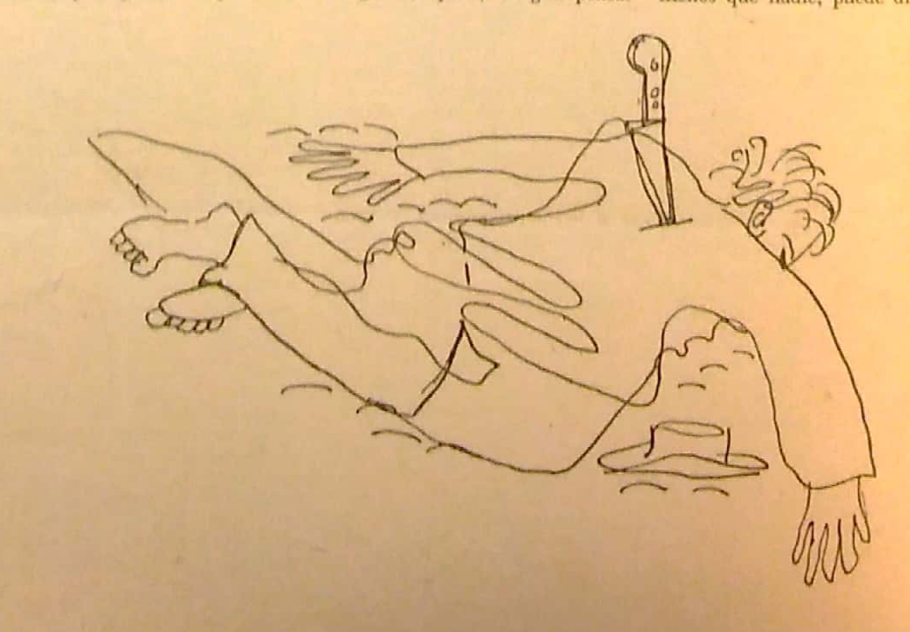
En nuestras venerables matronas provincianas, dábase antaño, en toda su pureza, una disposición de ánimo semejante. Bastaba el asomo de una "novedad", de un cambio cualquiera en cierne, que amenazara alterar sus dignas existencias apacibles para que de inmediato reaccionaran irritadas. No podían concebir que a sus sólidas casonas —por lo demás, tan abiertas a la luz y a la hospitalidad— nada nuevo pudiese entrar. Que pase, sí, quienquiera sea pero sólo en calidad de ya conocido, de viejo conocido.

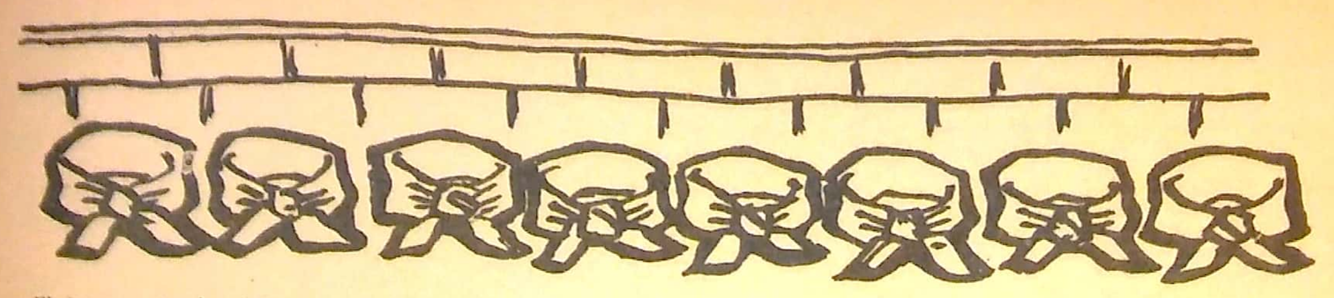
Hoy los argentinos las vamos —más que nunca— de vieja matrona. Demasiado acostumbrados estamos a pasarlo bien, a que la vida corra blanda, pausadamente, para que hoy, no atinamos bien por qué —también ello sería tomarse mucho trabajo— tengamos que cambiar y que vérnoslas con nuevos hechos y con nuevos problemas.

Es posible, llegamos a decirnos, que en la historia de los pueblos como en la vida personal de los individuos, nada bueno se haya conseguido sin esfuerzo, sin "rigor obstinado", sin duros sacrificios. No importa. A nuestra modalidad psicológica de americanos, tal afirmación —obvia en teoría— repugna.

Pero nuestra predisposición a imaginar que las cosas, porque sí, tienen que salirnos bien, es causa de que la presente situación argentina resulte tan contradictoria. Da grima, apena, indigna pensar que los argentinos no lleguemos a buen acuerdo respecto a la situación colectiva acaso más favorable que, relativamente, pueblo alguno haya tenido nunca. Mientras todas las demás naciones, sin excepción casi, debátense hoy en la más aguda de las crisis, la Argentina cuenta en su haber con la situación pública más propicia que imaginar cabe. Ni su economía, ni su política interna, ni sus tropiezos internacionales acusan síntomas graves de dolencia aguda. Apenas las molestias mínimas que a momentos como los actuales tienen necesariamente que acompañar. Sin embargo, ha bastado el corto tiempo que lleva el nuevo gobierno para que, por doquier, múltiples inquietudes asomen nuevamente. Ya se escucha desde los más altos sitiales públicos palabras insólitas de amenaza; apelaciones a la violencia popular, incitaciones verbales a la revuelta y el despojo.

La oposición, por su parte, y como si en estos últimos años nada hubiese pasado, como si las cosas siguieran inmutables, como si lo aquí acontecido no fuese, en primer término, consecuencia de la torpeza política, de la insensibilidad, del vacío mental de esa misma oposición, no tiene a la mira otro propósito que el vesánico del ataque a un gobierno cuya procedencia *democrática*, la oposición, menos que nadie, puede discutir.





El enorme sector de opinión nacional —sin duda alguna el más numeroso de todos— que no participa de las intrigas menudas de la política electoral; que tampoco, como lo hace la oposición, reacciona por despecho y espíritu de revancha; que no está ni con el gobierno ni con los opositores, que, simplemente, intuye las ventajas ingentes, de todo orden —materiales y morales— que hoy van adscriptas a la condición de argentino, pedirá cuenta exacta, con violencia proporcionada a lo que le hagan perder, a quienes hoy tienen en sus manos el privilegio y la responsabilidad de influir —directa o indirectamente— en el destino del país.

MÁXIMO ETCHECOPAR.

LOS TRES SINDICALISMOS

Si la Revolución Moderna comenzó con la destrucción de los cuerpos sociales intermedios entre el individuo y el Estado —precedida en ello por el despotismo ilustrado del siglo XVIII, que es en todos sentidos su precursor— y dejó así a aquél inerme —armado sólo con el arma teórica e infinitesimal de su derecho de voto— frente a la maquinaria terrible de éste, no cabe duda que en una restauración del recto orden social habrá que reedificar y multiplicar esos cuerpos intermedios: familia, parroquia, municipio, corporación, región, etc.

Circunscribiéndonos ahora al problema de las corporaciones gremiales, es decir, al sindicalismo, vemos que, en todo el mundo civilizado, un resurgir de esas agrupaciones se produce en forma poderosa e inequívoca, en franca reacción contra el atomismo social del liberalismo, cuya más clara manifestación fué aquella ley *Le Chapelier* que, en plena Revolución Francesa, prohibiera toda agrupación económica intermedia entre el individuo y el Estado.

Mas, en el moderno sindicalismo, dos tendencias opuestas pueden discernirse. Por un lado está —o estaba— el *sindicalismo de tipo fascista*, en el que los gremios no son sino instituciones estatales que dependen en todo sentido del Poder central y cuya ideología —la ideología del Partido único— representan. No cabe negar el mérito del fascismo en su propósito de poner de acuerdo el Estado con los intereses y necesidades reales y concretas del país, en contraposición a un liberalismo basado en declaraciones abstractas y retóricas sin real vigencia; pero, debiendo operar sobre un país en cuyo pueblo se daban divergencias profundas de opiniones políticas, sociales, religiosas, etc., no pudo permitir un sindicalismo espontáneo que, sin duda, hubiera sido utilizado por los opositores como medio de lucha antigubernamental. De allí que el sindicalismo, en vez de ir naturalmente de abajo hacia arriba —de las necesidades reales y las estructuras espontáneas de lo social hacia el Poder público— descendiera, en esos regímenes, de arriba, desde el Estado, hacia lo social, y que fuera trasunto de la ideología del Partido encaramado en el Estado. Mas de esa manera no se evitaban los males de la ingerencia total del Estado; más bien se los agravaba en muchos aspectos. El individuo seguía, en realidad, solo, aislado, frente a un Estado *que lo encuadraba por la fuerza* en estructuras gremiales que no eran, sino rodajas de ese mismo Estado.

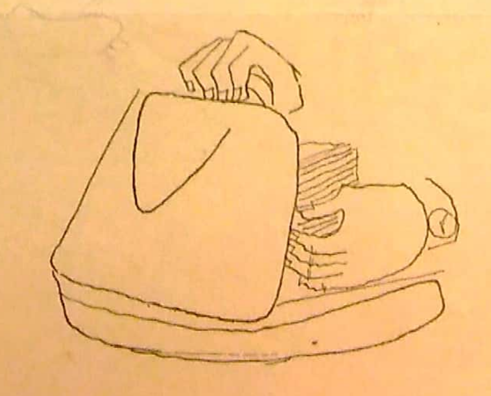
Por otro lado se halla el *sindicalismo de izquierda*. Nacido como medio de defensa y ataque de los proletarios en el seno de sociedades burguesas, hay que distinguir en él dos etapas. La primera está constituída por la posición de ese sindicalismo en países aun democrático-liberales; la segunda, por su posición en países en que la por lo menos en teoría revolución "proletaria" se ha cumplido con éxito. En el primer caso el sindicalismo es, sí, espontáneo y libre con relación al Estado; pero, siendo trasunto de una posición revolucionaria de los obreros contra la sociedad en que existe, lejos de ser medio de orden social, es instrumento de lucha, disolución, antagonismo y odio de clases.

En el segundo caso, ya cumplida la "revolución proletaria" en cuya génesis y desarrollo esos sindicatos —socialistas, anarquistas y comunistas— han tenido preponderante papel, los gremios de la ideología mencionada en tercer término, superiores a los otros dos en organización, decisión, concepción de lo político y social, etc., arrasan con ellos y quedan como únicos sindicatos. Pero como también el Estado ha sido dominado por el Partido Comunista, y como éste no admite ideologías contrarias, aquellos sindicatos pasan muy naturalmente a ser organizaciones estatales, medios por los cuales el Estado comunista domina toda la producción. Y como el Estado, por la nacionalización de las empresas, se ha transformado en único empleador, ningún sindicato extraoficial puede formarse, ni ningún obrero puede conseguir trabajo si no pertenece a esos sindicatos oficiales. Y así el sindicalismo de izquierda, por su triunfo mismo, *ha producido un régimen del trabajo idéntico en todo al de los países fascistas que tanto detestaba*: sindicatos oficiales, simple medio de ingerencia del Estado en todo lo social. Su función intermedia no existe aquí tampoco. Estado e individuo siguen siendo, frente a frente, dos polos, contrapuestos, de los que el primero, inevitablemente, termina por predominar y absorber al segundo.

El *sindicalismo tradicional* difería de los dos tipos de sindicalismos que hemos analizado. Difería del fascista en que se levantaba de abajo hacia arriba y en que era espontáneo. Se le asemejaba en que no era medio de disolución social y en que estaba de acuerdo con la concepción del mundo que el Estado —el rey o príncipe— profesaba. Difería del *sindicalismo de izquierda* tal como existe en los países liberales, en que no era medio de lucha antiestatal; se le asemejaba en que era espontáneo y en que subía de abajo arriba. De manera que unía los méritos de ambos y evitaba sus defectos.

¿Cómo era posible, en el orden tradicional, un sindicalismo que, a la vez, era espontáneo trasunto de lo social y que estaba de acuerdo con la concepción del mundo que profesaba el Poder Público? ¿Cómo en ese orden se evitaban, a la vez, los males simétricos que nacen de reducir al sindicato a una rodaja estatal, o permitir su carácter revolucionario, antigubernamental, con tal de no menoscabar su espontaneidad? La respuesta es muy simple: en la sociedad tradicional existía unidad espontánea, en todos los individuos y clases sociales, en la *concepción del mundo*; en las sociedades modernas, hijas de la duda, tal beneficio inapreciable no existe; por eso, en ellas o se respeta la divergencia ideológica con detrimento del orden social, o se resguarda a éste pero sólo a trueque de la imposición tiránica de una ideología determinada.

De manera que, el único medio por el que en las sociedades modernas un sindicalismo como el tradicional pudiera restaurarse, está constituído, a no dudarlo, *por la reconquista de la unidad religiosa y filosófica*. Pero debe tratarse de una religión que: 1º) no se reduzca al juicio interno de los individuos; 2º) se manifieste en una organización social distinta del Estado y superior a él en los puntos que a lo espiritual pudieran afectar. Si así no ocurriera, no desempeñaría en realidad un papel de defensa del individuo contra el Estado, porque *si se redujera al fuero interno*, no evitaría la divergencia de opiniones religiosas entre los individuos y reproduciría la anarquía ideológica de los tiempos modernos que, como vimos, sólo dos soluciones, dentro de ella, permite: o desorden social o imposición estatal de una ideología determinada; si no se manifestara en una organización *distinta del Estado y superior a él en los problemas que a lo espiritual pudieran tocar*, sería, o simple medio de tiranía estatal (si se identificara con el Estado) o se hallaría al arbitrio de éste, que podría suprimirla o coartarla progresivamente (si no fuera superior a él en muchos aspectos). Mas la adopción de una religión con aquellas características supone: admisión social de una Revelación *exterior* y *sobrenatural*, referente a un *fin transmundano* del hombre, encarnada en una *sociedad religiosa* que sea medio de *conservación doctrinal* y de *santificación de sus fieles* y presidida por una *autoridad suprema infalible* en cuestiones dogmáticas. En pocas palabras: supone y exige la Religión Católica, Apostólica, Romana.



En cuanto a lo *filosófico*, esa restauración de la unidad social en la concepción del mundo exige: una filosofía *de acuerdo con la religión* (si no, habría anarquía en esa concepción del mundo); que admita el *valor de nuestra inteligencia y nuestros sentidos para conocer lo real* (si no caeríamos en un subjetivismo de tipo liberal); y que *se continuara vitalmente en el tiempo en vez de ser creación arbitraria de pensadores aislados* (pues sino la contradicción de sistemas impediría la unidad social y engendraría el escepticismo). En pocas palabras: supone y exige la "philosophia perennis" que en la escolástica tomista alcanza su mayor perfección.

Muy bien, dirá el lector; todo eso es muy bonito, pero ¿cómo se logra, en concreto, esa restauración en un mundo como el contemporáneo, cada vez más dominado por las fuerzas del mal? Grave problema el que esta pregunta nos plantea. Claro está que debe empezarse por no desperdiciar oportunidad ni medio lícito para propagar en nuestro pobre mundo moderno la verdadera religión y la verdadera filosofía; pero hay derecho a dudar de que ese esfuerzo pueda contrapesar, en la conversión de las masas, la inmensa fuerza propagandística de las ideologías del materialismo abierto o solapado, que en sus manos tienen, en todo el mundo, la radio, el cine, los periódicos, el dinero. Podría pensarse, también, en la posibilidad de una revolución —que debía ser internacional para lograr, en nuestros días, éxito— encaminada a elevar al Poder a los católicos (no decimos a los demócratas-cristianos), para que ellos, desde el Estado, fueran tomando medidas regeneradoras de lo social. Pero esta posibilidad tropieza con estas dos dificultades: primero, que es casi utópica, debido al enorme poder mundial de las fuerzas anticatólicas o acatólicas, segundo, que aun en caso de éxito siempre se trataría de una imposición, desde el Estado, de un concepto del mundo y de un orden social, lo que exigiría medidas de tipo totalitario que no harían sino agravar el panestatismo contra el que queremos reaccionar. Cierto es que, pasadas varias generaciones, y apoyada por minorías selectas la mentalidad social se habría hecho ya lo suficientemente católica como para que el Estado pudiera, por voluntad propia, disminuir su ingerencia y poderes, dejando lo suficientemente libre el juego de las instituciones intermedias que se habrían creado. Pero ¿abandonará espontáneamente el Estado una función de la que se había apropiado y que aumentaba grandemente su poder?

Quizá la Providencia se reserve otros medios —más terribles, por causa del endurecimiento de los hombres— que los que hemos expuesto. Quizá la solución nazca como consecuencia de un terrible, catastrófico conflicto armado, cuyos resultados fueran tan lamentables y aplastantes para la humanidad, que ésta *perdiera definitivamente la fe en toda clase de "ideologías"* —liberales, fascistas o comunistas— y decidiera, humildemente, en la reedificación social, abandonar prejuicios y tópicos manidos, para basarse *en lo que es*, en un saludable empirismo fundado sobre las necesidades e intereses de los hombres, libres ya de estribillos político-sociales de cualquier clase; empirismo que reclamaría imperiosamente, como complemento, una filosofía realista, —una filosofía del ser— que sólo podría encontrarse en la escolástica; y una religión que devolviera a los pueblos la certeza en la razón de ser última de la vida humana, y la fundada esperanza de una felicidad eterna que viniera a suplantar con creces las modernas ansias de paraísos terrenales que tantas y tan horribles desgracias han producido.

JUAN A. CASAUBON.



SOBRE ESTADOS UNIDOS

Mons. G. Barry O'Toole, de la Universidad católica de Wáshington, prologa el interesante libro LA CULTURE MODERNE EST-ELLE EN PÉRIL, *del que es autor el P. André J. Krzesinski, profesor de filosofía de la vieja universidad de Cracovia —la universidad de Nicolás Copérnico— y uno "de los más calificados para pasar por el tamiz la cultura moderna". Reproducimos del prólogo de Mons. G. Barry O'Toole, algunos párrafos, referentes a la civilización americana, y que consideramos de interés para nuestros lectores.* (N. de la R.).

En verdad, hay pocos hombres en el mundo actual que estén tan calificados como el Dr. Krzesinski para pasar por el tamiz la cultura moderna y separar en ella lo verdadero de lo falso, cualidad que nosotros, americanos, más que cualquier otra nación, tenemos urgente necesidad de aprender.

Porque las filosofías eclécticas y pragmatistas de la educación que están en boga entre nosotros han actuado sobre la cultura americana como un disolvente en el cual todos los valores espirituales y eternos se han disuelto y que no ha perdonado, de la civilización, más que la prodigiosa corteza; de tal manera que, en último análisis, si somos todavía un pueblo civilizado, no somos más un pueblo culto.

En la educación, lo mismo que en la vida, reconocemos sin vergüenza al dinero y al confort material como los fines supremos de nuestra ambición. El comercialismo, que está de furiosa moda entre nosotros, busca imponer su medida mercenaria a todos los valores intelectuales y materiales y hasta a la personalidad humana.

Y no es sólo el comercialismo el que es en nuestro país enemigo de la cultura: tiene ella un formidable adversario en el maquinismo. Porque en la industria mecanizada toda la obra creadora se reduce a la del inventor de la máquina. Los obreros se transforman en autómatas del mismo tipo que las máquinas que vigilan. No solamente no tienen necesidad ni tiempo de pensar, sino que, suponiendo que les fuera posible pensar, habría para ellos un real peligro en hacerlo. Los innumerables procedimientos que han descubierto para economizar tiempo no dan a los americanos espacio para cultivarse a sí mismos, sino solamente la posibilidad de introducir más hierro en el fuego. El resultado final que de esto resulta es que la acción creadora nos es desconocida y que no producimos nada que tenga por fin el lograr para nosotros o para los demás un verdadero placer artístico.

Desde ese punto de vista, los productos en serie de nuestras fábricas y talleres son una vergüenza para la civilización americana: mobiliarios de mala calidad, tejidos de algodón de pacotilla, bagatelas mecánicas, surtidores de nafta, avisos eléctricos o de tubo de neón de macabros reflejos, cinematógrafos de estuco, "bungalows" de cemento, aparatos de radio que berrean con ronca voz las virtudes de pastas dentífricas, de especialidades farmacéuticas; bosques de chimeneas, kilómetros de depósitos sucios y feos.

Y por este montón de baratijas hemos pagado, en recursos naturales y humanos, un precio espantoso. Nuestras máquinas minan los cuerpos y disminuyen las almas de los obreros, que cesan de ser personas para transformarse en autómatas. Los majestuosos bosques de los Estados Unidos y del Canadá han sido abatidos y transformados en pasta de papel, en innumerables fábricas, para nuestras revistas ilustradas y nuestros "números de los domingos". En dos siglos, hemos empobrecido nuestro suelo y lo hemos despojado de sus recursos orgánicos e inorgánicos más que los Chinos en cuatro mil años el suyo.

Vivimos en un país favorecido más que cualquier otro por los esplendores de la naturaleza; pero no hemos sabido añadir a esa belleza natural, que es un don de Dios, en la medida conveniente, la belleza específicamente humana de la cultura. Desde ese punto de vista, nos arrastramos muy detrás de nuestros vecinos de América del Sud, sea cual fuere la opinión que tengamos sobre nuestra superioridad técnica.

Pero la cultura, como el doctor Krzesinski muestra en estas páginas, comprende valores más altos; valores que sobrepasan, sin medida posible, todas las ventajas de la técnica. La cultura es la suma de todo lo que un hombre hace o produce en su calidad de colaborador del propio Dios en la obra de la creación, "porque somos colaboradores (*eünergoi*) de Dios" (I. Cor. III, 9); el conjunto de esta superestructura espiritual es lo que el espíritu creador del hombre eleva sobre los fundamentos de la naturaleza, por su esfuerzo, a través de los siglos, para realizar en sus obras lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno —las tres Ideas supremas que son (porque lo útil no lo es) los atributos del propio Dios.

Nuestro autor nos asegura —y Dios quiera que su predicción se realice— que las espantosas pérdidas materiales que nuestro mundo ha sufrido por la guerra, tendrán por resultado una renovación espiritual tal como ninguna edad precedente ha contemplado; que, lo mismo que en los tiempos de los "últimos Romanos", la humanidad, al salir de esta segunda matanza de apocalipsis, recomenzará, una vez más, "a reconstruir lenta y penosamente el edificio de la vida sobre sus fundamentos eternos" (Dawson).

COMO AQUI Y AHORA

Las leyes del laicismo se han multiplicado hasta el punto de reducir cada día más el reconocimiento del dominio divino sobre nosotros y el campo de nuestros derechos y nuestras libertades. Estos pensamientos impresionarán seguramente a cualquiera que invoque el testimonio de la Historia durante el último medio siglo.

Es por lo que la mayoría de los católicos, verdaderamente apegados a su fe, piden que se adopte una actitud más militante y más enérgica. *Esa mayoría reclama* que sobre todos los terrenos, en todas las regiones del país, se declare abierta y unánimemente la guerra al laicismo y a sus principios hasta la abolición de las leyes inicuas que de él emanan; que para conseguirlo se sirvan de todas las armas legítimas.

"De la declaración colectiva de la Asamblea de Cardenales y Arzobispos franceses de Marzo 1925".

ECONOMIA Y POLITICA

I

Economía y política se entrecruzan en la realidad social, manifestando una interdependencia cuyo verdadero carácter resulta difícil establecer en medio del desorden contemporáneo. Unas veces lo económico parece dirigir y aún devorar a lo político. Otras, es lo político que dirige despóticamente lo económico y parece reducirlo a un mero instrumento de dominación.

Esta confusión entre realidad política y realidad económica tiene su lógico corolario en la confusión imperante entre ciencia política y ciencia económica. Confusión tanto más fácil cuanto que la ciencia que pretende explicar el orden económico y erigirse en disciplina autónoma en el campo de las ciencias sociales, se llama a sí misma, economía *política*.

Ya hemos destacado el carácter moral de la ciencia económica, en contraposición a las pretensiones de la economía política. Carácter del que participa también la ciencia política. Ambas, son, en cuanto ciencias, partes de la moral. Pero esto no basta para ilustrarnos acerca de las relaciones que entre ambas ciencias se establecen, ni caracteriza el objeto que cada una de ellas se propone estudiar.

A nuestro juicio, el equívoco entre lo político y lo económico, en beneficio de cualquiera de los términos que se establezca, constituye una rémora peligrosa para el progreso de la ciencia y por consiguiente para el orden que la ciencia está destinada a poner en la realidad.

Si consideramos históricamente la aparición del problema "política-economía" lo vemos vinculado al nacimiento del mercantilismo. La doctrina —si puede llamársele así— mercantilista, está inspirada en Hobbes. Su ideal es la potencia política del Estado. Y a este ideal subordina la economía. El gobierno de la economía se ejerce por la política, pero no es un gobierno político, sino despótico. La denominación "economía política" que había de tener tanto éxito en los tratadistas clásicos, nace en boca de un mercantilista, Monchrestien, quien quería distinguir de este modo la economía del Estado naciente, de las economías individuales. El término política está propuesto allí por oposición al término individual, y la economía mercantilista se erige como un sistema económico al servicio de una política.

No nos toca hacer aquí el examen de las doctrinas mercantilistas, tan despreciadas por los economistas clásicos para quienes la ciencia económica nace recién con los fisiócratas .Pero a nuestro propósito de esclarecer el problema "economía-política" corresponde señalar como una debilidad del sistema mercantilista y posiblemente una de las causas de su fracaso, la excesiva subordinación de lo económico a lo político.

Sobrevenida la crisis, la denominación *economía política* continúa siendo empleada. Esta denominación servía admirablemente para patentizar el propósito de la nueva escuela. Lo político es allí lo adjetivo. Hay una verdadera reversión del significado originario que se atribuyó a estas palabras. Todo el esfuerzo de la escuela se concentra en absorber lo político en lo económico. En este sentido la economía política de inspiración liberal no ha sido solamente una ciencia sino una militancia, cuyo éxito como tal no conviene desconocer. Economía al servicio de una concepción equivocada de la vida, se nutrió de filosofía naturalista y a su vez alimentó y justificó el naciente capitalismo. Su proceso lo ha hecho la misma realidad. Pero queda en pie el problema de las relaciones entre lo político y lo económico a menos que no se pretenda volver a la concepción mercantilista, absurdo en que no creemos nadie desee incurrir.

La ciencia económica liberal no se ha dado ciertamente por vencida. Sus adversarios, fuertes en argumentos realistas, no han sabido oponer al cuerpo de doctrina en que los economistas se encastillaban, cuidadosamente elaborado y afinado en doscientos años de maduración, una doctrina *económica* —y subrayamos de intento la palabra— comparable en lógica y equivalente en fuerza a la de sus adversarios. No ha sido pues difícil a éstos demostrar la inconsistencia de muchos de los argumentos que se les hacían o la presunta falsedad de otros y salvar los viejos esquemas disociando la ciencia en dos partes: la economía pura y la economía aplicada. Tanto más cuanto que sus mismos adversarios se inclinan las más de las veces ante la supuesta exactitud y rigor de las leyes económicas y terminan hasta por usar la misma terminología que caracteriza la escuela económica liberal.

La división de la ciencia económica en pura y aplicada corresponde a la concepción naturalista de la ciencia económica a que ya hemos aludido en ocasión anterior. La economía pura usa en la investigación el método generalizado en las ciencias físico-matemáticas, partiendo de postulados como el del homo oeconomicus y deduciendo luego las leyes (en el sentido de leyes naturales) que rigen los fenómenos económicos. La economía aplicada opera como el técnico que usa las conclusiones de las ciencias físicas, usando como medios los fenómenos antecedentes (causas) capaces de producir los fines (efectos) propuestos. La función del economista se reduce entonces a la de un ingeniero que, en vez de construir una máquina a vapor fundándose en las leyes físicas de la dilatación, construye una institución económica fundándose en las leyes deducidas por la economía pura. El economista es un ingeniero social. El último hallazgo de esta clase de economistas es la "planificación económica", sucedáneo liberal-socialista de la organización económica rectamente concebida. Tema éste sobre el que nos proponemos, por la hondura y actualidad que reviste, volver en ocasión próxima.

No vamos a detenernos, por haberlo hecho ya en estas mismas páginas, en el examen de este método y lo absurdo de su aplicación a las ciencias sociales. Queremos sólo señalar, dentro de esta concepción, el nacimiento de una nueva disciplina, la política económica, que se organiza como una dependencia de la economía, introduciendo un nuevo motivo de equívocos en las relaciones entre economía y política. La importancia de ello radica, precisamente, en que al dirigir la política agraria, industrial, comercial, de transportes, etc., desde el punto de vista económico y, lo que es más, del punto de vista de una economía



CONGRESO DE JUVENTUD

Toda la expectativa de la ciudad, esperanzada con el anuncio de este congreso, ha tenido su cumplimiento a lo largo de la semana pasada, alborotando nuestras plazas y calles con la explosión de un entusiasmo pocas veces percibido, aún en asambleas de otro carácter y —testigos presenciales de sus dos actos tumultuosos —nunca visto en reuniones de católicos.

La nota predominante no podía ser otra que la que puede dar la juventud, es decir, el fuego, admirablemente simbolizado en la antorcha que lucía en los anuncios y en la propaganda y que quemaba los ojales de todos los muchachos de Buenos Aires: iluminación y color, entendimiento y energía, religión y vida.

El sábado, a la caída del día de San Martín y partiendo de su famosa plaza, llena de tantos recuerdos, se interrumpió el crepúsculo pues la luz tomaba nuevo cauce por la angosta calle Florida rumbo a la plaza de siempre, a la plaza mayor de la ciudad en alboroto de incendio, con gritería de asonada. ¿Cuántos? Veinte, treinta mil voluntades dispuestas, empuñando teas como corazones manifestados, desfilaron desde el altar de la patria hasta los altares de Dios, jocundos, entusiastas con un grito en los labios, con un clamor que de tanto abundar en el corazón, lo desbordaba en el grito, mil veces repetido de ¡CRISTO EN LAS ESCUELAS! *Pero sobre todo con alegría, con esa alegría sagrada que es patrimonio del joven y que hace exclamar al Real Profeta cuando se acerca al altar de Dios, que ese Dios —que es el nuestro— era la* ALEGRÍA *de su juventud.*

Al acercarnos, después de cumplida la marcha, al altar —cuya presencia se sentía a través de los recios muros de nuestra Catedral— nos esperaba, rodeado por los Pastores del país y revestido con el fuego de la púrpura que le eximía de enarbolar su antorcha, nuestro Pontífice. Su bendición final, cantado el himno de la Patria, pareció recoger y ampliar en generoso gesto, el multitudinario deseo expresado millones de veces por corazones y gargantas, deseo de readquirir para el presente y el futuro, el derecho elemental de seguir respirando la verdad de la enseñanza religiosa en todas las aulas argentinas.

Ese propósito y esa exigencia tuvieron su expresión más alta y como su culminación en la sesión de clausura, al día siguiente, reunidos —a todo lo que daba el espacio— en un estadio de la ciudad, presididos por la Jerarquía en pleno y con la presencia, durante el desarrollo del largo acto, del presidente de los argentinos que ocupó su sitio de improviso, sin solemnidad ni espectáculo, sencillamente, como uno de tantos asistentes.

Todos recordaremos para recordárselo si llega el caso, su afirmativo movimiento de cabeza cuando al desbordar el entusiasmo por la referencia de uno de los oradores, la asamblea de pie, enardecida, al aire los pañuelos y los gritos, le machacó durante varios minutos como petición inatajable el estribillo del Congreso: ¡ENSEÑANZA RELIGIOSA: *fué ese un verdadero coro dialogado, espontáneo, adecuado y por lo tanto eficaz.*

Aparte de tántas cosas buenas que en lo interior de las almas y en su externa acción suscitadora ha traído ya y ha de traer este Congreso, queremos señalar especialmente que nos ha dado, además de ejemplo, el espectáculo tonificante de ver cómo, en esta época de masas puede actuar una multitud guiada por sólo altos ideales. Superando las discordias, por encima de los problemas que dividen a los argentinos y que determinan su acción inmediata como ciudadanos, hemos visto un pueblo casi, moverse en realidades espirituales con la misma desafiante actitud de reinvidicación que pondría una multitud de hambrientos que exigiera pan.

Y no porque en lo absoluto ambas posiciones sean una misma cosa, ha sido menor nuestra sorpresa y nuestra esperanzada alegría.

BALCÓN

del lucro, sus finalidades aparecen como distintas y aún opuestas a las de la política a secas.

Por otra parte, tampoco cabe aceptar como una dependencia de la ciencia política la política económica, con el alcance que a esta disciplina atribuyen los economistas. Porque significaría confundir lo económico con lo político, dando al Estado una intervención que de suyo no le corresponde en los negocios privados. Dicho sea sin desconocer el legítimo ejercicio, por parte de éste, de una política económica con el mismo alcance que ejerce una política de la familia o de la educación, esferas donde el Estado tampoco tiene una dirección originaria y donde interviene al solo efecto de resguardar el bien común. Lo que de ninguna manera postula una ciencia distinta y sólo puede ser materia de prudencia.

Realidad política y realidad económica se ofrecen al investigador como dos sujetos distintos que justifican la existencia de dos ciencias separadas, no obstante guardar entre sí estrechas relaciones. Cual sea el objeto y método de la economía como ciencia moral, intentaremos establecerlo en una segunda parte de este breve análisis.

HÉCTOR BERNARDO.

DIARIO DE UN BUZO

SÁBADO. — ¿Por qué, por qué no se dice nada con naturalidad a propósito del General San Martín? ¿A qué responde, a cuál de nuestras perezas criollas es debida, esta latría, este San Martín en los altares como "santo de la espada"? ¿Y cómo es que quienes la emprendieron con furor antimasónico contra los intocables civiles de la historia oficial, en cambio, con notable cautela se guardaron bien de zaherir la devoción sanmartiniana?

Estos interrogantes suponen una encuesta harto compleja, complicadísima. Inquieren ellos, con la precipitación propia de las preguntas, —toda pregunta es de natural impertinente y brusco: se dispara— sobre síntomas, sobre manifestaciones, de ambiente. Y los síntomas, los imponderables de ambiente no se declaran a sí mismos, antes, son sombras, noticias, alegorías de lo que, por más profundo, por más entrañable, no se alcanza a primera vista, permanece reservado, escondido, en penumbra.

—No has de ser tú, Sansoyo, aunque intrépido y buzo, el atrevido indagador capaz de sumergirse a tanta profundidad, con tanto riesgo y en tan procelosas aguas. Esta es aventura mayor; aventura de aquellas que sólo se han de emprender si uno va a su encuentro con la *expedición* de un libro.

Quedémonos, mientras, tú y yo, Sansoyo, en el orden superficial de los fenómenos. Pero, con todo, sí, de acuerdo, el paso de ganso no nos gusta en la oratoria.

Este presuntuoso acudir a los clarines, al redoble de los tambores, al bronce, a las efemérides, a la Historia, ante un público de delantalcito blanco que tirita consternado, sobre ser retórica palmípeda, pertenece, además, a un repertorio mixto, militar-escolar — lo viril y lo pueril en promiscuidad peligrosa— cuyas notas más aceradas no son militares, como podría al pronto creerse, sino impunemente normalistas.

¡Y cuidado con el normalismo en la milicia! ¡Qué terreno para que hagan eclosión los efectos de una pedagogía supersticiosa y laica!

El culto sanmartiniano canaliza un patriotismo sin sustancia, de bandera idolatrada porque sí, de nuevo rico de la patria que se ha enterado por la historia escrita. Un patriotismo anodino, amorfo, indiferenciado, cuya vaga euforia sentimental puede —sin variantes— referirse a cualquier país *incluso* a la Argentina.

Se venera, un San Martín de Instrucción Cívica, fabricado en estuco de floripondio; un San Martín absurdo, neutro e irreconocible a fuerza de habérsele extraído las hormonas: su personalidad.

De nuevo, pues, este año, como tantos otros, hemos perdido los argentinos la ocasión de reconocer, a través de los homenajes oficiales, la figura señera, soberbia, magníficamente egoísta del señor de los Andes.

Por cierto que este gran enjuto, este sobrio, tan estoico como Séneca y tan soldado como Aníbal, ha dejado en el alma de nuestra nacionalidad una histórica presencia contra la cual, no hay evocación, por falsa que sea, no hay aureola, capaz de prevalecer.

Pero nosotros, hartos de tanto panegírico, haciendo pie en su gloria, afirmados en ella, a modo de desagravio decimos aquí: San Martín es grande, por su desobediencia no por su renuncia. La espada de San Martín no es asunto de beatería sino servicio de guerra ofrecido en cierta célebre ocasión a Rosas. El ideal de San Martín no fué la democracia: fué instaurar un orden americano, el Orden en Hispano América, incluso por la monarquía. La vida de San Martín no es la de un sacrificado sino la de un hombre de noble y estupendo orgullo: Guayaquil. La hazaña de San Martín no fué libertar a Chile y al Perú sino cruzar los Andes y entrar como un virrey en Lima.

San Martín es el caso más ejemplar en la Argentina de una conducta, de un carácter. Su seriedad mental pone fuerza adusta, ceño a su semblante.

San Martín es un héroe argentino en la medida en que es como Bolívar, con Bolívar un lujo de América. Un lujo que a la Argentina le costó, según Alberdi, la segregación del Alto Perú.

MIÉRCOLES. — Con lo de Chapultepec, la revolución ha roto con su conciencia política. Ahora, sin conciencia, el movimiento de Perón irá cada vez más lejos hacia el lado de lo social, dejándose llevar por las fuerzas disolventes que ha desatado.

Los peronistas ya no son más que oficialistas; los oficialistas de la mitad más uno, de las anacrónicas mayorías del sufragio. A lo mejor podrán tener todos los votos pero ya no tendrán una sola recta voluntad. Que se queden con el patrimonio de la revolución democrática, del desorden social. Nosotros con la nueva política, con la Revolución Nacional.

JUEVES. Hoy la defección política no radica como lo fué durante mucho tiempo en la violencia de la lucha por el Estado; hoy la posesión del Estado no estimula ya luchas vitales de las que dejan conmovida la energía nacional. Porque aunque parezca raro el Estado ha perdido sonoridad política y a medida que aumenta de tamaño se neutraliza, se vuelve lánguido, indiferente, apolítico. La gran paradoja, y acaso el secreto de nuestra neurastenia política, se revela en el hecho de que siempre hayamos tenido un Estado fuerte, gobiernos más fuertes que el país, tan fuertes cuanto superiores a nuestras fuerzas. Y sin embargo, nunca logramos conciliar el Estado con una política, asentarlo en una política y cuando el gobierno fuerte incrementó, se consolidó o se organizó en Estado, en razón inversa al desenvolvimiento del Estado, a la continua prosperidad del Estado disminuía la vitalidad política, del sentido político. La fortaleza material, el poderío del Estado, enorme en proporción al país, no le debe nada a la iniciativa política con la que, por tanto, no se confunde. El Estado fuerte es una resultante ya orientada, ya determinada desde el Virreinato. Pertenece al orden de los hechos elementales, dados, casi como nos fué dada la geografía. Es una radicación histórica, tan ineludible, tan fatal, como la radicación geográfica. Nuestro problema, nuestro trabajoso afán político se concretó primero a la lucha por el Estado, al dominio del Estado que era desde la secesión española, —roto el concepto de la autoridad legítima y su prestigio secular— una plaza fuerte vacante, o mejor, un terreno baldío, infértil sobre el que operaban a turno precario de conquista y con el sentimiento de no ser todos, de no ser sino bandos, facciones, los partidos.

Pero esos turnos derramaron en violencias de unos contra otros, en ferocidades para con nosotros mismos, la energía política: la voluntad, el ánimo y la visión de los dirigentes. El poder, vale decir, la energía del Estado fué utilizada con la intemperancia criolla con que se utiliza el arma blanca, sin temor a gastarla, para herirse por dentro en vez de dirigir la punta afuera.

El Gobierno era en relación al contorno, sobresaliente, único fuero ciudadano, única atracción del sentimiento colectivo, única forma de culto público conocida bajo el culto doméstico de una sociedad colonial. En política no atinamos, pues, sino a luchar por el poder, a ganar el genio de la fuerza, por la fuerza. Esa lucha que tuvo primero gran resuello, que fué primero demasiado elemental y violenta, luego, apagada, sofocada, se volvió resentimiento. No encontró una salida por la sencilla razón de que era una lucha interna y en tanto interna, precisamente por ello sin salida.

SANSOYO

* NOTA: En la entrega anterior se han deslizado erratas que no parecen atribuíbles al tipógrafo y por eso, dejan en mala postura al buzo: donde dice "de generación en generación", debe leerse "de generación a generación"; donde dice "... algún día hablaremos en extenso, he leído" debe leerse "... hemos leído"; donde dice "no me parece amargo ..." debe leerse "no nos parece amargo ..." y desde luego "fatricida" es "fratricida".